

La Habana, ciudad que en las diurnas horas refulege de sol en plenitud de vida, trepidante y vocinglera, con esa exorbitancia de sus ruidos inútiles y estridentes, al llegar la noche parece que se amohina bajo el dulce lumínico de sus estrellas y se prepara para el gran sueño tropical. La Habana es una ciudad que a fuerza de perder su energía por el exceso de desparramarla en el transcurso de las primeras horas matinales y en la modorra de las tardes, cuando el calor es propicio al sesteo, en llegando la noche se echa supina como cualquiera insignificante provinciana ahita de tedio y sin un atisbo de coquetería, ni un gesto de nostálgico abandono. En una palabra, la Habana es la ciudad del trópico más aburrida en la actualidad, como urbe de primera categoría si quiere o pretende disimular su aldeísmo inverecundo y ponerse al lado de otras capitales que aún, hasta la media noche, no se echan en la «parrilla comunista». Una vez el novelista Eduardo Zamacois se dolía de esa indolencia nocturna de nuestra Habana, cuando llegó por vez primera a la insula. Alguien le pretextó contrariado por la oportuna observación, que, en ello contribuía decididamente en primer lugar nuestro calcinante clima. Es precisamente el calor en demasía lo que debiera hacer de la Habana una ciudad despierta en las horas de la madrugada con justificación absoluta —fué la réplica del notable escritor. Distintas personalidades de la cinematografía, recordando al azar a Warner Baxter, Spencer Tracy, Carol Lombard y el acucioso observador Al Jolson, también se asombraban de este raro fenómeno social. No comprendían como en un país tan atiborrado de sol torturador desde las primeras luces matinales, los cubanos no escogieramos la noche para el asueto y la diversión. En esa observación contribuía favorablemente un factor que decidía a tal insinuación: la brisa nocturna, el fresco grato que acude en las noches primaverales y también hasta en la plenitud del verano. La Habana siempre está saturada de aire fresco en la noche y no sucede así en otros lugares. New York en verano es una sucursal de la fragua de Vulcano. El calor es aplastante, seco, con una peligrosa carencia de oxígeno que las más de las veces contribuye a una mortandad colectiva por asfixia. Hay noches que el barómetro lanza su grito de muerte y los parques se abren para que sus habitantes puedan dormir junto a los bancos y sobre el acogedor césped. Tal cosa ocurre cada año en la babilónica isla de Manhattan. En Cuba nadie muere de calor. Es más que seguro que la transpiración en exceso nos favorece a este respecto y sin embargo, nos acostamos temprano, huimos de la deliciosa nocturnidad con el mismo pavor que las aves de corral. El nativo no aprovecha la noche ni le importa un bledo. No sabe, no quiere o no puede, que ésta razón última convence, sabiéndose que nuestro sistema de laborar en el día, se halla reglamentado como en cualquiera otra ciudad de la Europa central, donde los hombres se adaptan mejor con la ayuda del clima, que en este caso les favorece. Decididamente, la flamante urbe antillana, poco después de terminarse las funciones de sus teatros-cines, de la triste sensación de una boca enorme que bostezara indefinidamente. Somos un pueblo aburrido y triste. ¿Quién dijo que el cubano era un tipo alegre? ¿El choteo criollo?

Esta modalidad no es otra cosa que una reacción de nuestra propia alma entristecida y algo peor: un antídoto de nuestra pobreza espiritual. El ejemplo es irrefragable si se quiere: se encuentran tres señores para extraer una solución trascendental. Si a la media hora la charla, el debate, la polémica, como ustedes quieran llamarlo, aquello no ra degenerado en choteo, es simplemente porque uno de ellos ha muerto de repente...

Pero en el fondo somos un pueblo triste y tediosamente enfermizo que no sabe divertirse si no apela al peligroso y malsano choteo. Nuestra melancolía se manifiesta en todos los momentos de nuestra vida y raro fenómeno, se insinúa más fácilmente en los actos públicos, sin que el contacto con lo colectivo neutralice esa afección dolorosa que emana del propio «ego» como una erosión epidérmica. No hay necesidad de recurrir a la música, al cancionero vernáculo, expresiones estas de nuestro «folklore», donde se perfila otra manifestación de la serpiente melancolía que llevamos letalmente en lo interior colectivo. Nuestra música es un plañido constante que propende a la remembranza morbosa; la antigua contradanza, la danza, el danzón y el bolero, por no citar otros estilos musicales, parecen destilar un pasado doloroso que aún se arraiga fuertemente a la psicología del nativo. Nuestra poesía, pese al malabarismo hirsuto de las novedosas escuelas envenenadas de la post-guerra, que cuenta con escasos miméticos, está impregnada del más espeso pesimismo, que generalmente resuelve en copioso lagrimeo el contenido ideológico. Desde luego que el poeta o el músico no puede en manera alguna parecerse a un histrión de carpa ambulante ni rebosar saludable optimismo como cualquier campeón de natación y su producción artística es la lógica consecuencia de un estado de alma hiperestesiado por una constitución orgánica enfermiza o por lamentable clorotismo individual. Pero esto puede pasar por alto si se tiene en cuenta que es algo exclusivo e íntimo del individuo. Solamente tratamos en esta información de proyectar nuestra observación con referencia al ciudadano en la calle como parte integrante de la colectividad, su expansión natural en los asuetos y analíticamente convencerlos de que el ánimo lúgubre del nativo no reacciona absolutamente en contacto con las masas. Acaso este fenómeno psicológico no sea otra cosa que el temor de sincerarnos demasiado y dejar traslucir el desgan que con laxitud enfermiza está en nuestra propia alma. Como quiera que sea, no importa como denominemos ese complejo de inferioridad individual, los cubanos nos aburrirnos soberanamente cuando entramos a formar parte del conglomerado social que lucha por divertirse en la calle, en el paseo y generalmente en el teatro.

DÍA DEL PUEBLO

Indiscutiblemente que son los domingos en Cuba, los días hechos para el pueblo. De todos los apartados extremos de la ciudad acude la gente con sus lujos decorativos, llegan en los omnibus, tranvías, taxis y por toda la urbe la curiosidad pueblerina figonea de lo lindo. Esa muchedumbre heterogénea se compone en su mayoría de obreros, empleados, damas que se han pasado la semana en el laboratorio doméstico, zurciendo, colocando habilidosamente remiendos en los pantalones de sus cónyuges y cumpliendo con la

ardua tarea de poner algunas viandas en la mesa de yantar. Toda esa buena y sencilla gente recorre parsimoniosamente las calles más céntricas. Por San Rafael, Obispo, Gallano, Montes, Neptuno, donde quietamente un escaparate exhibe sus confecciones, allí se detiene la teoría silenciosa. Cientos de personas se asoman de junto a las vidrieras

y contemplan silenciosamente; los semblantes endurecidos, la mirada triste, el gesto tardo e impreciso. Todos hacen cálculos y desbaratan el anti-proyecto de sus homicidas presupuestos pensando si les es dable mercar aquel par de zapatos o insertarse una nueva blusa, etc. A los pocos minutos se mueven como en un hormiguero y se les ve abandonar el punto de parada sin un comentario. Los semblantes continúan mohinos y sórdidos. No han podido acomodar el ya estropeado presupuesto semanal. Pero toda esa abigarrada muchedumbre la la triste sensación de que albergan una tristeza en su corazón y no han hecho otra cosa que cambiar de ambiente. Cuando regresan al hogar, después de tres o cuatro horas en la ciudad, caen rendidos, monótonos, taciturnos. ¿Se han divertido? No, se han aburrido. Y así es siempre, indefectiblemente siempre, pero ello no empece para que el próximo domingo repitan la tediosa escena callejera. Ese «specimen» pintoresco y ambulante, pertenece a la rumiante caravana del «turista citadino» que se emperifolla y estrena calzados nuevos para empolvarlo a cada domingo.

GENTE DE CINE

Hay un público especial que se cuele en los cines los domingos. Son los clientes fijos de los cinematógrafos barrioterros y de los otros teatros de más elevada categoría. No pueden concurrir a una fiesta, a dar el pésame a la amiga por la muerte del hermano o del abuelo, a la conferencia o a la playa, porque tienen que ir al cine. Es una costumbre inveterada que ya se ha hecho parte del torrente circulatorio de su sangre, algo como la fuerza de un alcaloide de la que no se puede prescindir. El portero del teatro se sabe de memoria las fisonomías. Gracias a este fenómeno, viven aun algunos teatros borrosos que se esconden por los barrios apartados de la ciudad. Es algo inusitado y curioso el complejo de esa falange que especifica sus diversiones en acudir a los cines. En su mayoría desconoce la película que van a exhibir. Cuando se han acomodado en la luneta, se les oye molestar al vecino con las mismas preguntas que hacen a cada matinée:

—¿Hace mucho que comenzó? ¿Me hace el favor de decirme como se llama la que exhibirán después? A las siete más o menos se ha terminado la tanda vespertina. Los tranvías van cuajados de trajes vaporosos y policromos, los lindos sombreritos hundidos en la botánica artificial o asfixiados de plumas, se bambolean sobre los bellos rostros pensativos. Las caras llevan pintadas las huellas indelebles de más profundo aburrimiento. ¿Se han divertido? ¿Se han aburrido? Tal vez, las que apenas si vieron la cinta cinematográfica lo pasaron mejor.... Acaso, ¿quien lo sabe?...

Pero internémonos en la Habana de noche...

AL AIRE LIBRE

Después de las doce de la noche, ¿qué hay que ver en la Habana?... Los teatros, es decir, los cines, porque en Cuba hace tiempo que se esfumó esa bella manifestación de la cultura para dar paso franco a la cinematografía —terminan el espec-

táculo posiblemente poco después de las once y media. El público que sale como despavorido, con el fin de captar el primer vehículo o llegar lo más temprano posible a su morada, no repara en atropellar a su congénere en el camino. A la media hora escasa, no queda nadie por esos lugares. Hay varios cafés al aire libre en la capital. Se pueden contar las mesas ocupadas por el público que sale de su casa con el exclusivo objeto de distraerse. Los que se sientan en esas mesitas, son los «hábitues», caras conocidas, gente que se han acostumbrado a sentarse y pasar las horas de la noche en plena charla con el amigo. Estos espectadores al aire, como es sabido, poseen sus charangas y amenizan (perdónesenos el laudatorio verbo) con sus «fox» y danzonetas a esa parte del pueblo que cruza mansamente sin pensar por un momento el sentarse y disfrutar mejor de las «excelencias musicales». Son modestos ciudadanos, empleados del Estado, muchachas de tiendas o fábricas que se untan con sus colorines y salen a coger fresco —como suele decirse. Bien es cierto, que en algunos de estos restaurantes, los precios son prohibitivos y el bolsillo en su mayor desinterés, no puede responder a la prodigalidad de su dueño. Las orquestas integradas por muchachas fueron al principio un «gancho» para la admirativa masculinidad provinciana. En la actualidad son pocos los que exprofesamente van a ver a las mujeres y pocos también los que propenden por escuchar la música. Pero después de la una de la madrugada, no queda nadie en estos lugares. Hay como una tácita disposición, como un movimiento colectivo de la gente que pugna por desaparecer lo antes posible. A la una de la madrugada la Habana da una apariencia de ciudad muerta y misérrima. El fastigio altivo del Capitolio parece cuajarse en la penumbra como unico dueño jactancioso de la hora. Cruzan escasos vehículos, ni el ladrido de un can noctámbulo para romper la monotonía del momento. Indudablemente que es la Habana de noche algo desesperante y aburrido.

INUTIL ESFUERZO

Recientemente se ha inaugurado un precioso restaurant en el Vedado. Está abierto toda la noche. Bella apariencia, lujo sobrio sin estridencias de cursilería «cubiche», ventilado, muy recogido y muy decente. Frente, el mar como una cinta de añil a pocos metros del acantilado. Las emanaciones yodadas invitan a la reposada charla... De noche, mas interesante aun. La luna pone su mágico tesoro de luz y en todo el panorama marino no hay otra cosa que un rielar de ensueño y meditación. El «Sea-Club» es un acicate para los espíritus próceres, para los artistas, poetas, escritores, músicos... Hemos girado algunas visitas en distintos días de la semana. La noche solamente cantaba su soledad augusta. Una mesa ocupada que era la nuestra...

—En la Habana no se puede salir de noche, no hay lugar—Eso es un dicho tan vulgar como manido. La Habana tiene lugares muy interesantes de noche, pero donde hay poco interés e intensa abulia, es en el espíritu de sus moradores y en el desgano de sus gustos espirituales. Tengo amigos comerciantes y emprendedores que quisieran ofrecer algo para los ciudadanos noctámbulos. Saben que van al fracaso, que todo esfuerzo resultaría inútil. Pero...

ALGUNOS SE DIVIERTEN

Antiguamente, es decir, hasta hace pocos años, las «papas rellenas» de Guanabacoa habían monopolizado el gusto de los habaneros y en otros, espoleados por la curiosidad, pensando que ese tubérculo, atiborrado

de carne en su interior sería algo exótico y fuera del conocimiento de los humanos. Caravanas enteras acudían de la capital al simpático pueblo para gustar de ese succulento manjar. Muchos comerciantes se enriquecieron con las famosas «papas rellenas» y actualmente, con el producto de la venta poseen propiedades en la villa de Pepe Antonio... Pero como todo pasa en la vida, también es lógico que pasasen las «papas» más o menos rellenas. Hoy en día, son muy pocos los peregrinos que se aventuran precipita-

Pirandello dice en su bello relato «La Hermanita»: «aquellas alfombras descoloridas, empolvadas y terrosas del cabaret, eran como la antesala del suicidio»...

Desde luego que hay cabarets, posiblemente de más amable ambiente, que rompan la regla con su excepción, divertidos, gratos a todos los sentidos, pero esos establecimientos están aun en proyecto y no han abierto sus puertas al público.

TURISTAS DE NOCHE

No existe realmente el turista que se preocupe de conocer nuestra urbe en las horas nocturnas. Hay lugares históricos en la Habana llenos con la poesía del pasado por entre el tejido de su arquitectura colonial. Es indudable que si a Cuba acudiera un turismo más intelectualizado que el que nos visita, gente deseosa de indagar en el pretérito de la isla, lugares no faltan. Pero no hay tal. El turista sale del barco en enorme caravana automovilística y tras de deslizarse por algunas calles céntricas de la urbe, irrumpe en el «Sloppy Joess» y desde ese lugar ve la Habana de noche. Después, en la madrugada, el trasatlántico deja nuestro puerto y aquella buena gente se larga ilusionada con la idea de haber conocido la Habana. La propaganda que harán de la llamante capital cubana debe ser muy pintoresca y entusiástica.

EN RESUMEN

Que nuestra ciudad es parca en prodigar alegría y alborozo en la noche y por ello, a más de ser esta una clara manifestación de nuestra melancólica psicología de pueblo triste, va con detrimento al comerciante que se empeña en mantener su establecimiento abierto toda la noche y difícilmente las ganancias pueden balancear el gasto del fluido eléctrico que consume. Después de las doce de la noche, la Habana se transforma en una ciudad sin habitantes, silenciosa y como desintegrada de su mecanismo fabricitante que tanto color le impone el hiperbólico ajeteo de las horas diurnas...

OSCAR LOMBARDO.

dos a la caza de las célebres «papas»... Pero como aun quedan dos o tres docenas de personas en la Habana que suelen divertirse de noche, han hallado o descubierto, en un lugar de Catalina de Güines, no precisamente «papas rellenas»—pero si unos riquísimos tamales, hoy de gran reputación gastronómica. Es un lugar apacible; una especie de barraca pintarrajeada en verde desvanecido y chata de techo, como cuadra a toda tienda campesina de por aquí. El ventorrillo era muy modesto antes de su popularidad. Se alumbraba con un quinqué de petróleo que humeaba lamentablemente. Pero hoy... Hoy es un ascua de noche. La primera manifestación de mal gusto que se hace en Cuba cuando un establecimiento prospera. Se le ilumina indiscretamente y de una vez para siempre pierde el encanto de su modestísima y dulce poesía que impone la natural penumbra. El quinqué de petróleo le daba un carácter más campesino, más típico... Acudía mucha gente al principio que sabía gastarse los dineros y al mismo tiempo, como eran familias untadas de tradiciones y prejuicios picuos, de esa gente que no desea que la vea en contacto con el pueblo bueno que va vestido de pobre honradamente, cuando irrumpió la iluminación, desertó definitivamente de las escapadas nocturnas. Ya no acuden allí... No hay derecho a que sea visto entre la fracachela nocturna y alegre uno de esos «millonarios» que tienen en su cuenta de ahorro 25 o 30 mil pesos...

ES TODO LO QUE HAY...

Esa lejana bodega de Catalina de Güines, el Sea-Club del Vedado, acaso sean los únicos lugares pintorescos que quedan en la Habana para la gente que quiere salir de noche. Claro que existen establecimientos de lujo para los lujosos señores que poseen lujosas máquinas y otras cosas no tan lujosas, pero para la clase media que no está muy bien llevada con su pecuniaria condición de empleados, se puede decir que es todo lo que hoy...

EL FASTIDIO DEL CARARET

Un Cararet en la Habana es algo peor que un aburrimiento crónico. Es una tragedia que sale de la fatiguería del modesto ciudadano y termina con un monumental bostezo. Espectáculo sonzo, desprovisto de interés, propicio al cabeceo y sin otra particularidad que el precio de los ingredientes alcohólicos. Pero esta clase de espectáculo no es para ese público que en la noche desea espacir su espíritu en algo fuera de la vulgar ingestión del licor. El cabaret es para aquella gente que no tiene en su alma otra cosa mejor que «Un cabaret». ¿Queréis sentirnos desolados y tristes? Penetrad en un cabaret en la Habana y comprenderéis entonces lo que es la hostilidad ambiente de las pequeñas cosas gregarias. Es el lugar donde sinceramente se siente el dolor de la vida y el hastío del pequeño mundo exterior.

